

1. No sé

POR: Alejandro Medellín Becerra

Leonardo ingresó al jardín infantil a los tres años contra la voluntad de su madre, una enfermera de turnos prolongados que no le permitían quedarse en casa cocinando a fuego lento la maternidad. Su propia infancia había transcurrido sin mayores afanes y sólo hacia los ocho años fue matriculada en un colegio, después de haber adquirido con su familia algunos de los aprendizajes más relevantes de toda su vida. Sabía amarrarse los zapatos, leer, sembrar y cuidar rosas, sumar, lavarse los dientes, restar, compartir los juguetes con sus hermanos, intentaba ser cada vez más ordenada y alimentaba con rigor y devoción los peces del acuario familiar.

Por eso cuando dejó a Leonardo -su único hijo- en el jardín infantil el primer día de clases, no pudo contener su angustia, y la angustia no pudo contener sus lágrimas. El niño la miraba con una triste incertidumbre, por no saber qué era ese sitio lleno de niños gritando, llorando o corriendo, pero también porque las lágrimas de Amparo -su mamá- le estaban generando una experiencia inédita que muchas décadas después intentaría recordar como un ataque de zozobra o al menos como un cruce de caminos entre la adaptabilidad y la adversidad.

El papá de Leonardo les prometió acompañarlos en un día crucial como ese, pero nunca llegó. Su jornada laboral se iniciaba a la misma hora y no valieron todos los ruegos y explicaciones al jefe inmediato para obtener un permiso no concedido, de la misma manera que no bastaron otros tantos ruegos y explicaciones para que Amparo le creyera: no habían vivido juntos un solo día y su paternidad era un amplio menú de irresponsabilidades, de manera que esa ausencia iba a ser interpretada simplemente como una más.

Así empezó una historia escolar que habría de prolongarse 13 años. La mayor parte de su vida despierto habría de transcurrir dentro de una institución educativa. Con su mamá, en el mejor de los casos, sólo la mitad: por una parte, esa primera hora diaria de velocidades fantásticas en la cual se pasa de estar dormido a estar bañado, vestido y a veces desayunado, todo a la brava, contra sí mismo, contra el reloj, contra la probabilidad, y que sirve de entrenamiento para ejercer de por vida una condición de estrés y afán que no cesa jamás. Por otra parte, las dos horas que empiezan cuando la mamá llega en la noche disminuida por la contaminación y el ruido, frustrada como reflejo de un caos urbano saturado de vehículos sucios, conductores desesperantes y pasajeros desesperados en un clima espeso de intolerancia, y antes incluso de saludar con un beso cansado en la mejilla pregunta con una boca que se mueve sola: '¿ya hiciste las tareas?' y terminan cuando uno a uno se van callando y cayendo por el agotamiento hasta quedar dormidos. Los fines de semana poco cuentan, porque se levantan más tarde, hay que hacer mercado, arreglar las alcobas, la sala, los baños, ir a misa, visitar a los abuelos vivos y a los muertos, hacer el almuerzo, la comida, más tareas escolares y deprimirse los domingos por la tarde en la penosa sensación de sentir agonizante esa paradójica y efímera libertad.

Leonardo aprendía sin tropiezos. Los informes escolares así lo indicaron incluso desde el preescolar. Esa cualidad, visible para todos, le permitió estar siempre dentro de lo esperado por sus maestros cada año, cada área, cada grado. Aprendió a obedecer con facilidad y eso lo mantuvo a flote, sobrellevando la marea, alejado de borrascas y tormentas innecesarias.

Una íntima solidaridad con las angustias cotidianas de su madre le forjaron la convicción de no convertirse en un problema adicional. No estaba entre los más ni entre los menos destacados de su curso y en esa cómoda posición encontró un argumento silencioso para crecer sin llamar la atención. Era reconocido principalmente por su obediencia, su pausado temperamento y por un comportamiento lo bastante correcto como para merecer año tras año la mención de conducta del plantel.

El apego a las normas lo heredó tempranamente de tanto querer parecerse a su mamá, quien en el ejercicio de su profesión hacía todo lo humanamente posible por cumplir, como una estrategia para mantener un empleo estable y un salario que apenas alcanzaba para comida, arriendo, salud, servicios y un colegio privado modesto pero suficiente para apostar a través de la educación por un mejor horizonte familiar. No había para más. De vez en cuando un cine, pagado por una amiga, una hamburguesa o una pizza que no pusiera en aprietos el frágil equilibrio presupuestal y cuando en contadas ocasiones las tareas escolares o laborales lo permitieran, un seguimiento a tuestas de la falsa tragedia propuesta por la telenovela o el reality de turno.

Ese temperamento le permitía a Leonardo administrar el sufrimiento y exigirse al máximo para estudiar sin protestar. El cumplimiento era para él un fin en sí mismo y por eso nunca tuvo cabeza para encontrarle algún sentido a las tareas -aunque se prolongaran hasta las madrugadas- o para debatir una idea o una orden, aun descabellada, de un profesor. Su respuesta favorita era 'sí señor' o 'sí señora' y eso lo hizo cercano al cuerpo docente que veía en él un modelo de alumno y un prospecto ideal de ciudadano, pero indeseable para sus compañeros que empezaron a evitarlo unos, a ignorarlo otros y no faltaron las agresiones, suspendidas de inmediato no por las acciones o las posturas institucionales tan ausentes en estos casos, sino por la intervención de su padre, quien una vez advertido por Amparo de los episodios de intimidación generados por los compañeros, apareció en las afueras del colegio para amenazar de muerte a los presuntos agresores en un acto mediante el cual intentaba suplir de alguna manera sus prolongadas ausencias y sobre todo el debilitamiento progresivo de la imagen paterna.

Sin embargo, a Leonardo no le faltaron amigos. Tuvo los pocos que necesitaba. Los que encontraba a la hora de hacer trabajos de grupo, aquellos con cuya compañía los recreos dejaban de ser un solitario recorrido de vigilante nocturno, otros "Leonardos" cortados con la misma tijera, más altos, más bajitos, más gordos o más flacos, con más o menos hermanos, en constelaciones familiares de variadas órbitas pero con un común denominador: la incapacidad



de transgredir las normas, de ir más allá de las instrucciones o, incluso, de percibir al menos sus propios intereses personales.

Podría decirse por ello que ese tipo de muchachos poseen un umbral alto de adaptabilidad pero no es así: tan solo se adaptan a las reglas de los adultos, escondiendo sus miedos y posponiendo el encuentro con sus vocaciones para una edad mayor. Escogen el camino del silencio, bien sea por efecto de su temperamento, por comodidad o por alguna cruda experiencia de las que aparecen sin permiso del corazón para recordar o reafirmar una debilidad personal.

Leonardo, por ejemplo, cuando estaba en sexto grado vivió algo así como una amarga revelación. El profesor de español se encontraba revisando en público la tarea que todos los profesores de cuarto siempre ponen, como si se tratara de un ordenamiento constitucional: “escribe una breve composición sobre tus vacaciones”. El niño, por primera vez en su vida escolar, no hizo la tarea. Y no se trataba de un acto de rebeldía. Simplemente se le olvidó. O fue tal vez la monotonía de unas vacaciones de creciente aburrimiento, sin hermanos, sin consolas de videojuegos, sin vecinos de la misma edad en una época en la cual la inseguridad acabó con la vida de barrio y ocultó las vecindades en una espesa nube de sospecha y desconfianza.

Cuando llegó su turno tenía ya las manos sudorosas y la respiración agitada. No había hecho la tarea, no tenía nada escrito porque en el fondo, no tenía nada que contar. Al ser pronunciado, su nombre retumbó en su cabeza con una reverberación singular y ante la perspectiva de quedar mal frente a su profesor y sus compañeros, entró en una especie de trance nunca antes vivido, abrió su cuaderno y con gran aplomo empezó a leer. Contó la llegada extraordinaria de su primer perro al hogar, el debate familiar en torno al nombre, la manera astuta como convenció a su mamá, tíos, primos y abuelos de bautizarlo Enrique, dado que al ser hijo único no tenían por qué impedir que entre ellos dos se desarrollara una verdadera hermandad que bien podría verse afectada desde sus comienzos con un nombre básico como Káiser o Tyson; los distintos procedimientos para eliminar el olor a orina del tapete de la sala, la dificultad para impedir que se tragara las medias de lana y otros detalles relativos a los aciertos y desaciertos en su primera introducción a las normas familiares.

Fue esa la primera y la última vez que Leonardo ostentó un repentino impulso de arrojo y creatividad. Los compañeros siguieron con inusitada atención su relato y el profesor mismo estuvo a punto de aclamarlo con los más elogiosos adjetivos, de no ser porque el esfuerzo de leer un texto inventado en vivo y en directo sobre hojas en blanco le fue provocando una inocultable expresión de agonía que le obligaba a hacer pausas prolongadas o a destiempo, lo cual llamó la atención de un compañero de atrás quien no tuvo la menor dificultad en develar a gritos la farsa magnífica.

Las burlas del grupo, aunque fuertes y desconsideradas fueron lo de menos, comparadas con el ‘0’ en la tarea, y la advertencia de firmar el observador por tramposo y llamar a su mamá en caso de reiteración.

A partir de ese momento Leonardo relacionó la imaginación con la mentira, neutralizó inconscientemente el riesgo y en lo que le restaba de vida escolar jamás se atrevió a llegar tan lejos. El cumplimiento de las órdenes, que tantos réditos le había brindado desde muy pequeño, habría de ostentar una exquisita maduración no exenta de elogios, hasta el punto de disimular su creciente desmotivación por el aprendizaje y una falta de iniciativa personal, inadvertidas ambas en las notas y observaciones escolares donde se describen las relaciones de los alumnos con los programas académicos y los reglamentos pero no con sus propias vidas; inadvertidas también por su mamá como consecuencia de las mismas notas y observaciones, y también inadvertidas por él mismo, exactamente por la misma razón.

De esta manera fue acumulando en una insabora e incolora carpeta personal las menciones de conducta y aprovechamiento recibidas de manera reiterada, sin sospechar siquiera que en realidad estaba germinando una explosiva mezcla de mediocridad y apatía que no llegó a estallar en el entorno escolar, porque las mismas circunstancias que lo condujeron a ingresar prematuramente al jardín infantil y luego al colegio lo hicieron graduar de 16 años recién cumplidos, sin reconocer ni de lejos la geografía de sus deseos, la historia de sus desencantos o la biología de sus pasiones.

Su mayor talento no admitido fue la manera como decidió dejar pasar el tiempo, sin destacarse pero tampoco sin perturbarse. Ya había pintado caballos y paisajes, escrito poemas, talleres, proyectos y ensayos con ideas prestadas y

esquemas de manual. Estaba afinado el amargo arte de contestar aquello que los otros esperan escuchar y había reemplazado para siempre sus propias expectativas por las que se imaginaba o suponía que los demás tenían sobre él.

En una de las últimas reuniones de los profesores del bachillerato, al mencionar su nombre, fue necesario hacer un esfuerzo por saber de quién estaban hablando y reducir el desconcierto colectivo pasando una foto reciente de mano en mano, antes de analizar a esos alumnos que están muy por encima o por debajo del promedio del grupo y que acaparan la atención, agotan la paciencia o exaltan la impotencia del cuerpo docente.

El profesor de español comentó escritos de Leonardo correctos y coherentes, pero aburridos. La de biología comprobó que había entregado todas las tareas. El de música alabó su interés al tiempo que se burlaba de su afinación. El director de grupo comprobó que se trataba de un muchacho solitario pero amable, ‘y juicioso’ -aportó el coordinador de disciplina después de no encontrar su nombre en el observador general. Los profesores de educación física y matemáticas, aun revisando la foto varias veces, no lo recordaron.

Trece años después de haber ingresado al sistema educativo, nadie sabía quién era en verdad Leonardo. Ni siquiera él. Su mamá, trece años más vieja, se identificaba con su hijo en una apatía general por la vida, maquillada por los afanes diarios para llegar temprano, conservar el puesto y quedar bien. Tal vez por eso, el día del grado de bachiller no captó en su mirada las primeras escenas de un combate perpetuo entre la amargura y la rebeldía que habría de enfrentar con variadas contradicciones a lo largo de su vida.

Cuando recibió el diploma, el rector lo felicitó de manera mecánica, le estrechó la mano y procedió a secarse contra el pantalón el sudor de un bachiller sigilosamente emocionado. Leonardo buscó entre el público los ojos de su mamá invocando voluntaria e involuntariamente episodios sagrados de una relación modelada por la paciencia, la ternura y la fe. Hizo después un recorrido visual hacia el cuerpo docente y sus compañeros de promoción, pero por más que se concentró unos segundos, no sintió nada.

Su papá intentó en vano atraparle la mirada en la esquina anónima del auditorio donde se encontraba, desde la cual vio pasar como una película muda y desenfocada la vida de su hijo. Él quería que Leonardo estudiara Medicina, como una manera de superar una vieja frustración profesional. Pero en las pruebas de aptitud la respuesta preferida de Leonardo era “me es indiferente, pues ni me gusta ni me disgusta” y en consecuencia marcaron una confusa gama de intereses desde lo mecánico y científico hasta lo literario y musical pasando por el servicio social y el trabajo en oficina, emergiendo así las licenciaturas en bibliotecología y ciencias de la información, o en letras hispánicas, como las carreras más afines.

Amparo le recomendó estudiar lo que quisiera, después de no encontrar una opción dictada desde el instinto materno, lo cual agravó la incertidumbre porque a Leonardo en realidad nada le llamaba la atención. Sabía que era indispensable entrar de inmediato a la Universidad, no perder tiempo y ser ‘alguien en la vida’, tal como lo repetían los discursos institucionales y las expectativas familiares, pero en el fondo se sentía en las arenas movedizas de la indiferencia, de las cuales sólo salió gracias a la mano tendida del director de grupo, quien le sugirió seguir un preuniversitario de estudios generales en una de las dos únicas instituciones donde su mediocre examen de Estado le permitía aplicar.

Leonardo no se preguntó por qué después de tantos años de obediencia, cumplimiento y puntualidad, por qué después de haber superado y olvidado más de 800 pruebas y exámenes escolares, después de haberse levantado 2.500 veces antes que el sol, después de haber hecho más de diez mil tareas y de haber portado con rigor su uniforme escolar, se encontraba atascado entre el conformismo y el desinterés, dispuesto tan solo a seguir instrucciones dictadas por los adultos, a concentrarse en la libertad que le iban a regalar incontables horas nuevas con la consola de juegos que estrenó el día del grado y a derrumbarse de cansancio cada noche al regresar a su casa en los próximos años de una vida empecinada en ocultar sus colores y su sentido.

Al terminar la ceremonia de graduación una cariñosa profesora de la primaria le dio un fuerte abrazo y le preguntó qué iba a estudiar en la universidad. Después de un breve silencio impuesto por un largo entrenamiento recalentado de respuestas y carente de preguntas, con una voz apagada contestó mirándose los zapatos nuevos:

“No sé”.